

LA FELICIDAD DE LA ENTREGA

(DOMINGO XXXIV T.O. Ciclo C)

(Solemnidad de Cristo Rey)

21 noviembre 2004

"En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús, diciendo: -A otros ha salvado; que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios, el Elegido. Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: -Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo: -¿No eres tú el Mesías. Sálvate a ti mismo y a nosotros. Pero el otro lo increpaba: -¿Ni siquiera temes tú a Dios estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha faltado en nada. Y decía: -Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino. Jesús le respondió: -Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso". (Lc 23,35-43)

Resalta la constante burla para con Jesús por parte de casi todos los que lo rodean unto a la cruz. Lo hacen "las autoridades y el pueblo"; lo hacen "los soldados"; lo hace "uno de los malhechores". Era una burla, cargada de insulto. Y, sobre todo, era una incitación a que abandonara su misión: "Sálvate a ti mismo".

Frente a esto, la respuesta de Jesús: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". No se baja de la cruz, no abandona. Y nos ofrece la gran lección para nuestra vida, que consiste en cómo orientarla: o buscando el propio interés (salvándose a sí mismo) o buscando el bien de los demás (salvando a los otros).

Según lo que hoy se piensa, lo más razonable para Jesús hubiera sido bajarse de la Cruz. Porque tenía derecho a mirar por sí mismo, porque tenía derecho a ser feliz, porque el de los otros no era su problema... Según ese mismo razonamiento, se explica nuestro proceder más habitual: buscamos el poder, buscamos la comodidad, buscamos el dinero, buscamos el prestigio... por encima de todo, y, a veces, no importa con qué medios. Primero, yo; luego, yo; y, después, yo. Ese es nuestro planteamiento.

Pero se ve que Jesús no piensa de la misma manera y, por eso, actúa como actúa: no se salva, sino que se dedica a salvar a los demás. Como los que pierden su tiempo acompañando a los que viven solos, los que regalan su cultura a los que tienen menos oportunidades, los que comparten su pan con los que sufren hambre, los que aplican sus manos a las heridas de los otros, los que reparten sus besos

entre los sumidos en la tristeza, los que prestan sus oídos a los que están marginados...

Ahí está la verdadera felicidad: en darse sin reservas. ¿Por qué no te subes a la cruz de Cristo y lo pruebas?

Miguel Esparza Fernández